

*El gallo pelado*

—¿Querís que te cuente el cuento del gallo pelao?

—Bueno.

—Pues, pásate p'al otro lao.

*El candadito*

—¿Querís que te cuente el cuento del mentao candaito?

—Ya'stá, cuéntameló.

—Andá p'ajuera y güelve ligerito, no te demorís mucho porqu'es muy bonito.

*El humito*

Esta era una bruja que tenía encantada a una princesa muy linda a quien había encerrado en un ranchito de donde siempre salía un humito. Sucedió que un príncipe muy poderoso vió el retrato de la princesa y se enamoró de ella y salió a buscarla para hacerla su mujer. Después de mucho andar llegó donde la bruja, y señalándole el retrato, le preguntó si podía darle noticias del paradero de la princesa. La bruja le contestó que, aunque sabía en qué parte la princesa se hallaba, sólo podía decirle que estaba encantada y encerrada en un ranchito de donde siempre salía un humito y que mucho habría de costarle dar con ella, pero que cuando la encontrara cesaría el encantamiento. Con esto que oyó el príncipe, quedó muy esperanzado y siguió inmediatamente en busca de su adorada. Anduvo meses de meses y después

de pasar muchos trabajos, se encontró por fin con un ranchito del cual salía un humito y a cuya puerta estaba sentada una vieja.

—Señora, le dijo el príncipe, busco a la princesa que representa este retrato ¿no estará por casualidad en esta casa?

—No, mi señor, le contestó la vieja, pero puede ser que esté en un ranchito de donde sale aquel humito que desde aquí se divisa.

Siguió el príncipe andando muchos días, porque el rancho estaba muy lejos, y cuando llegó a él, vió a una vieja que estaba sentada a la puerta y le dijo:

—Señora, busco a la princesa que representa este retrato ¿no estará por casualidad en esta casa?

—No, mi señor, le contestó la vieja, pero puede ser que esté en un ranchito de donde sale aquel humito que desde aquí se ve.

Siguió el príncipe caminando muchos días más, porque el rancho estaba más lejos de lo que parecía, y cuando llegó a él, vió a una vieja que estaba sentada a la puerta y le dijo:

—Señora, busco a la princesa que representa este retrato...

*La hormiguita*

'St'era una hormiguita  
que de su hormiguero  
salió calladita  
y se metió a un granero,



se robó un triguito  
y arrancó ligero.

Salió otra hormiguita  
del mismo hormiguero  
y muy calladita  
se metió al granero,  
se robó un triguito  
y arrancó ligero.

Salió otra hormiguita...

(Recogidos por RA-  
MÓN A. LAVAL).

### Sin buena voluntad, no hay caridad

Dos días habían andado los aventureros sin que les hubiera sucedido cosa digna de memoria, y se hallaban por las faldas de Sierra Morena, solos y sin camino. D. Quijote se figuraba ver dentro de poco, ya una doncella andante puesta a mujeriegas sobre un león, ya un jayán que se llevaba consigo una princesa, ya un enano que le traía una embajada amorosa. «¡Por las cinco llagas de Nuestro Señor Jesucristo y los Dolores de María Santísima, dijo por ahí una voz cascada y muerta de hambre, una caridad a este pobre ciego!» A Sancho Panza se le fue la sangre a los zancajos; las palabras no podían ser más católicas; pero en nada confiaba cuando se hallaba en semejantes despoblados. Un hombre, acurrucado al

pie de un árbol, con un perrito pastor a los pies, era quien había pedido la limosna. «Sancho, dijo D. Quijote, la ocasión de hacer un bien es siempre un buen agüero: las obras de misericordia son préstamos que hacemos al Señor. Abre esas alforjas y provee para quince días a ese desdichado.—Le daré, respondió Sancho, más no para quince días. Si de hoy a mañana no salimos de estos andurriales, en Dios y en mi ánima que tengamos nosotros mismos que hacer de ciegos.—¿Tan buena cuenta has dado de la repostería, Sancho? Haces bien, amigo: el día que hay, come a tu sabor, y no te dure un mes lo que alcanzaría apenas para una semana. Da lo que puedas a este ciego; no manda otra cosa la ley de Dios; pero lo que des, dalo de corazón. Sin buena voluntad, no hay caridad: los que dan por fuerza, labran para el demonio; los que por orgullo, están condenados». Sancho estaba ya en tierra abriendo las alforjas con loable empeño, y mientras desperdigaba una gallina, dijo a su amo: «Yo no doy por orgullo ni por fuerza; más no doy para quince días. Tome este cuarto, hermano ciego, y este jirón de cecina: cómalos a nombre del escudero Sancho Panza, encomendándole a la Virgen». —Ella os lo pague, mi buen señor, respondió el mendigo recibiendo a tientas lo que se le ofrecía: si las oraciones de un pobre pueden con el cielo, allá irán a parar vuestras mercedes.—Miren si discurre bien el esguízaro, dijo Sancho: comed y rezad, hermano, y no hagáis como los que maman y gruñen. ¿En dónde habéis aprendido tan buenas razones?



--«No vale el azor menos  
por nacer en vil nio,  
ni los decires buenos  
por los decir judío».

respondió D. Quijote. Puede uno ser pobre y ciego, y hablar como D. Santos de Carrión.—Como D. Santos, sea, dijo Sancho: ¿ahora qué dice vuesa merced si en este pradecico, al lado de este bienaventurado, les diésemos nosotros también un tiento a las alforjas?—No dices mal, respondió D. Quijote, ¿pero tendremos agua por aquí?—Y pura y dulce, dijo el ciego: ¿no la oye vuesa merced a cuatro pasos?» D. Quijote puso el oído y alcanzó un blando susurro que de entre unos árboles salía.—Es un arroyo, dijo: el licor más saludable del mundo.—Y el más barato, repuso Sancho. Pero no me hubiera resentido con mi señora doña Engracia de Borja, si nos hubiera acomodado con unos dos frascos de Alaejos y dos de Rivadavia. En verdad que uno viene como a convertirse y santificarse con una copa de Valdeiglesias tras un bocado astringente como esta longaniza.

...La caridad descuenta las culpas de la codicia: mira, Sancho, el pobre ciego, que está como si no hubiera pasado bocado por él: favorécele con media docena de bizcochos y una lonja de tocino, que no te serán negados el día del finiquito. Lo que das al pobre, no lo echas en el agua: semilla es que produce en abundancia. O más bien en el agua lo echas; pero, según las divinas letras, allá abajo, cuando menos

acuerdes, lo volverás a coger. No digas al pobre: ya te di; el hambre no pasa sino para volver, y en rotación dolorosa va gastando las ruedas de la vida. La limosna es credencial para con el Señor, documento de que El hace mucho caso. Si tienes un pan, da la mitad al pobre; si dos, dale uno entero.—¿Si tengo veinte panes, dijo Sancho, le habré de dar los diez al ciego? ¿Y mis hijos?—Yo sé muy bien que la caridad principia desde casa, respondió D. Quijote; pero sé también que en este axioma hacen pie los avarientos y egoístas para fomentar su tacañería. Tus hijos serán hijos de Judas, si llevan a mal que socorras con un pan al indigente.—¿Sanchica de mi alma!, exclamó Sancho, y levantándose conmovido: Tomad, hermano, dijo al ciego, estotro bocado; y no se os olvide pedir a Dios por los caminantes. Mirad para vuestro perro este osecillo no tan limpio.—Dos días no hemos yantado, respondió el pobre; nada de lo que me proporcione la misericordia divina por mano de vuestras mercedes, será por demás. La muquición es la vida, señor.—¿Eh?, preguntó D. Quijote; ¿la muquición?—Así llamamos los pobres al pan de Dios, respondió el ciego.—Así lo llaman los ladrones, dijo Sancho; y al comer lo llaman muquir. ¿Sois de la pega, hermano?—Como hay Dios que soy hombre de bien; ¿ni cómo he de robar con estos ojos anohecidos?—¿Y qué diablos hacéis por aquí?, preguntó D. Quijote. Estos parajes no son ricos en caridad: para vivir y para morir, el hombre necesita de sus semejantes, y más uno como vos. El camino real, un puente, la

puerta de un méson os convendrían primero que estas soledades.—Venga a las ancas de mi rucio, hermano, dijo Sancho; yo le dejaré en sitio tal, que sobre el pan le caigan algunos cuartos, si no son reales.

JUAN MONTALVO.

*(Capítulos que se le olvidaron  
a Cervantes. Paris).*

### At home

Bella es la vida que a la sombra pasa  
del heredado hogar; el hombre fuerte  
contra el áspero embate de la suerte  
puede allí abroquelarse en su virtud.  
Si es duro el tiempo y la fortuna escasa,  
si el aéreo castillo viene abajo,  
queda la noble lucha del trabajo,  
la esperanza, el amor, la juventud.

¡Hijos, venid en derredor; acuda  
vuestra madre también ¡fiel compañera!  
y levantad a Dios con fe sincera  
vuestra ferviente, cándida oración.  
El es quien nos reúne y nos escuda,  
quien puso en vuestros labios la sonrisa,  
da su aroma a la flor, vuelo a la brisa,  
luz a los astros, paz al corazón.

Después de la fatiga y del naufragio  
ansío rodearme de cariños;  
la serena inocencia de los niños  
de la herida mortal calma el dolor.  
Es para el porvenir dulce presagio  
que al hombre con el mundo reconcilia,  
el ver crecer en torno la familia  
bajo las santas leyes del amor.

El vano orgullo, la ambición insana,  
aspiren a las pompas de la tierra;  
su nombre ilustre en la sangrienta guerra  
lleno de encono el bárbaro adalid.  
Nuestra misión es, hijos, más cristiana:  
amar la caridad, amar la ciencia;  
puras las manos, pura la conciencia,  
dar el licor a quien nos dió la vid.

El sol de cada día nos alumbre  
el sendero del bien; nada amedrente  
al varón justo, al ánimo valiente  
que fecundiza el suelo en que nació.  
La libertad amemos por costumbre,  
por convicción y por deber. En ella  
el despotismo estúpido se estrella:  
de la Patria los hierros destrozó.



¡Honra y prez a sus padres denodados!  
Entre ellos se encontraba vuestro abuelo;  
hoy descansa su espíritu en el cielo,  
noble atleta vencido por la edad.  
Venid en sus recuerdos impregnados,  
y llena el alma de filial ternura,  
su venerada, humilde sepultura,  
con flores y con lágrimas regad.

Tomad ejemplo en él; y cuando un día  
emprenda yo mi viaje sin retorno,  
erigidme una cruz, y de ella en torno,  
sin una mancha en la tranquila sien,  
llenos de amor, de paz, que es la armonía,  
podáis decir de vuestro padre amado:  
latió en su pecho un corazón honrado:  
no fué un prócer, fué más, hombre de bien.

CARLOS GUIDO Y SPANO.

(*Poesías Completas*, Buenos Aires).

## La Zorra, la Liebre y el Gallo

Eranse una Liebre y una Zorra. La Zorra vivía en una cabaña de hielo y la Liebre en una choza de líber <sup>(1)</sup>. Llegó la primavera, y los rayos del Sol derretieron la cabaña de la Zorra, mientras que la de la Liebre permaneció intacta. La astuta Zorra pidió albergue a la Liebre, y una vez que le fué concedido echó a ésta de su casa.

La pobre Liebre se puso a caminar por el campo llorando con desconsuelo, y tropezó con unos Perros.

—¡Guau, guau! ¿Por qué lloras, Liebrecita?—le preguntaron los Perros.

La Liebre les contestó:

—¡Dejadme en paz, Perritos! ¿Cómo queréis que no llore? Tenía yo una choza de líber y la Zorra una de hielo; la suya se derritió, me pidió albergue y luego me echó de mi propia casa.

—No llores, Liebrecita—le dijeron los Perros;—nosotros la echaremos de tu casa.

—¡Oh, no! Eso no es posible.

—¿Cómo que no? ¡Ahora verás!

Se acercaron a la choza y los Perros dijeron:

—¡Guau, guau! Sal, Zorra, de esa casa. ¡Anda!

Pero la Zorra les contestó, calentándose al lado de la estufa:

(1) Una capa interna y fibrosa de la corteza de los árboles, que se emplea mucho en Rusia para hacer calzado y hasta prendas de vestir.

—¡Si no os marcháis en seguida, saltaré sobre vosotros y os despedazaré en un instante!

Los Perros se asustaron y echaron a correr. La pobre Liebre se quedó sola, se puso a andar llorando desconsoladamente, y se encontró con un Oso.

—¿Por qué lloras, Liebrequita?—le preguntó el Oso.

—¡Déjame en paz, Oso!—le contestó.—¿Cómo quieres que no lllore? Tenía yo una choza de líber y la Zorra una cabaña de hielo; al derretirse la suya, me pidió albergue y luego me echó de mi propia casa.

—No llores, Liebrequita—le contestó el Oso;—yo echaré a la Zorra.

—¡Oh, no! No podrás echarla. Los Perros intentaron hacerlo y no pudieron; tampoco lo lograrás tú.

—¿Cómo que no? ¡Ahora verás!

Se encaminaron hacia la choza y el Oso dijo:

—¡Sal, Zorra, de la casa! ¡Anda!

Pero la Zorra contestó tranquilamente:

—¡Espera un ratito, que saldré de casa y te despedazaré en un instante.

El Oso se asustó y se marchó. Otra vez se puso a caminar la Liebre llorando, y encontró a un Toro, que le dijo:

—¿Por qué lloras, Liebrequita?

—¡Oh, déjame en paz, Toro! ¿Cómo quieres que no lllore? Tenía yo una choza de líber y la Zorra una de hielo; después de derretirse la suya, me pidió albergue y luego me echó a mí de mi propia casa.

—¡Por cuán poco lloras! Vamos allá, que yo la echaré de tu casa.

—¡Oh, no, Toro! No podrás echarla. Los Perros quisieron echarla y no pudieron, luego el Oso intentó hacerlo y no pudo; tampoco tú lo conseguirás.

—¡Ya verás!

Se acercaron a la choza y el Toro gritó:

—¡Sal de casa, Zorra!

Pero ésta le contestó, sentada al lado de la estufa:

—¡Guarda un poquito, que saldré de casa y te despedazaré en un abrir y cerrar de ojos!

El Toro, a pesar de su valentía, tuvo miedo y se marchó. Otra vez quedóse sola la pobre Liebre y se puso a caminar vertiendo amargas lágrimas, cuando tropezó con un Gallo que llevaba consigo una guadaña.

—¡Quiquiriquí! ¿Por qué lloras, Liebrequita?

—¡Déjame en paz, Gallo! ¿Cómo quieres que no lllore? Tenía yo una choza de líber y la Zorra una de hielo; después de derretirse la suya, me pidió albergue y luego me echó a mí de mi propia casa.

—¡Vámonos, que yo la echaré de allí!

—No, Gallo, no podrás echarla. Los Perros quisieron echarla y no pudieron; el Oso quiso hacerlo y no pudo; al fin el Toro lo intentó pero sin resultado; tampoco tú podrás hacerlo.

—Ya verás como sí. ¡Vamos!

Se acercaron a la choza y el Galló cantó:

—¡Quiquiriquí! ¡Llevo conmigo una guadaña y quiero despedazar a la Zorra! ¡Sal enseguida de casa! ¡Anda!

La Zorra oyó el cantó y se asustó.

—Guarda un ratito—dijo;—estoy vistiéndome.



El Gallo cantó por segunda vez:

—¡Quiquiriquí! ¡Llevo conmigo una guadaña y quiero despedazar a la Zorral ¡Sal de la casa! ¡Anda!

La Zorra, asustándose aún más, le contestó:

—Estoy ya poniéndome el abrigo.

El Gallo cantó por tercera vez:

—¡Quiquiriquí! ¡Llevo conmigo una guadaña y quiero despedazar a la Zorral ¡Sal de la casa! ¡Anda!

La Zorra tuvo un miedo tan grande que salió de la casa, y entonces el Gallo la mató con la guadaña. Luego se quedó a vivir con la Liebre en su choza y ambos pasaron la vida en paz y concordia.

AFANASIEV.

(Cuentos populares rusos, Madrid).

## El cacao

El cacao fué desconocido en Europa hasta el descubrimiento del Nuevo Mundo. Los indígenas lo cosechaban en las regiones de la América Central, Tabasco y Chiapas, reputándose el mejor el de Soconusco; lo llamaban *cacahuatl*; usaban el corriente como moneda que circulaba no sólo en el Imperio Mexicano, sino también en los países colindantes, y el fino exclusivamente de alimento. «Dichosa moneda—exclama Pedro Mártir de Anglería—que proporciona al hombre una bebida agradable y provechosa, y a sus poseedo-

res preserva de la peste infernal de la avaricia, porque no pueden enterrarla ni guardarla mucho tiempo».

Sólo los señores principales consumían el cacao en bebida; «la gente común—observa Fernández de Oviedo—no usa ni puede usar con su gula o paladar tal brebaje, porque no es más que empobrecer adrede e tragarse la moneda e echalla en donde se pierde». Esa bebida no era otra que la llamada chocolate o *xocoatl*, voz formada de *xococ*, que significa agrio, y *atl*, agua; «agua agria», porque el cacao con agua y sin dulce, es muy amargo, y así lo tomaban los mexicanos.

La primitiva fórmula del chocolate, venía a ser lo que más tarde llamaríamos *cacao frío* o *espuma de cacao*. «Mezclaban con el cacao varias yerbas, especias, chiles, miel, agua rosada, granos del *pochottl* o ceiba, y especialmente maíz. Conocían varios métodos para preparar la bebida; pero siempre en frío y así se tomaba. Lo general era moler el cacao y demás semillas, desleir la pasta en agua, separar una parte y ponerla en mayor cantidad de agua, batir el líquido y pasarle varias veces de un vaso a otro, dejándole caer desde alto, para que formase espuma». Se servía, transformado casi en espuma a fuerza de batirse, en unas grandes jícaras (*xicalli*, «vaso de calabazo»), al final de la comida. El emperador Moctezuma II lo tomaba en abundancia. Bernal Díaz refiere, al describir el servicio de mesa de aquel suntuoso monarca, que, al estar comiendo, de cuando en cuando le traían



«unas como copas de oro fino, con cierta bebida hecha del mismo cacao».

El Padre Clavijero, hablando del cacao es un tanto explícito, y casi nos da la fórmula dosificada que para preparar el chocolate tenían los mexicanos. «Con el cacao—asienda—formaban varias bebidas comunes, y entre ellas las que llamaban *chocolatl*. Molían igual cantidad de cacao y de semillas de *pochottl*: ponían todo junto en una vasija, con una cantidad proporcionada de agua; allí lo meneaban y agitaban con el instrumento de madera, llamado *molinillo* en español; hecho esto, ponían aparte la porción más oleosa que quedaba encima. En la parte restante mezclaban un puñado de pasta de maíz cocido y lo ponían al fuego hasta darle cierto punto, y después de apartado le añadían la parte oleosa y esperaban a que se entibia-se para tomarlo. Los mexicanos—agrega—solían perfumar su chocolate o las otras bebidas de cacao, o para realzar su sabor, o para hacerlas más saludables, con *tlloxochill* o vainilla, con flor de *xochinacaztli*, o con el fruto del *mecaxochill*, y las dulcificaban con miel, como nosotros hacemos con azúcar».

Conocido el chocolate por Hernán Cortés y sus compañeros, a fines de 1519, en que a su llegada lo tomaron en la misma corte de Moctezuma, deben haberlo transmitido a España, con los instrumentos para su elaboración, hacia 1528 en que el Conquistador volvió a la Península.

En un principio, fué del exclusivo uso de los españoles. Popularizáronlo en Madrid las señoras, y

sobre todo los frailes, al grado de que bien pronto pasó a Flandes; el viajero Francisco Carletti lo introdujo en 1606 a Florencia, y antes de 1642 se conoció en Francia, llevado, según unos, por religiosos iberos, y según otros, por Ana de Austria, esposa de Luis XIII, habiendo sido la primera persona en tomarlo, el arzobispo de Lyon, cardenal Alfonso Luis Plessis, hermano mayor de Richelieu.

Propagado por toda Europa, no obstante que por algunos años se le tuvo como medicamento, llegó a ser su uso tan común que, más conocido que el café, era el alimento tomado en el desayuno, y el Viejo Continente consumía cada año veinte millones de libras de cacao.

LUIS CASTILLO LEDÓN.

(*El Chocolate. México, D. F.*)

## La nivelación de la papa y del maíz

La papa o patata (*solanum tuberosum*), el dón más precioso, según la expresión de Bomaré, que ha hecho la América al Antiguo Continente, se cría en las más grandes elevaciones del globo. A todas partes adonde el hombre ha subido su industria, le ha seguido esta planta benéfica. Menos delicada que el trigo, no ha temido los rigores del frío ni los hielos eternos de la Zona Tórrida, y no conocemos hasta dónde llega su resistencia; quien sabe si, como el



musgo lichenés y demás criptogamias, produciría con utilidad y lozanía en el término superior de la vegetación de nuestro globo bajo de la línea. Si no conocemos los límites de la región que ama la papa con preferencia, sabemos que el inferior no pasa de los países medianamente templados: de 24 pulgadas barométricas hacia abajo no se vuelve a ver esta planta preciosa, y está confinada dentro de 747 toesas sobre el mar, y el término de las nieves perpetuas entre los trópicos.

El maíz (*zea maiz*), el grano más importante del Nuevo Mundo, y sin contradicción más útil que el trigo y la cebada, es también la planta cuya vegetación tiene límites más extensos. No teme el frío como el plátano y la caña de azúcar, ni el calor como la papa; se le ve tanto al lado del trigo y la cebada en los pueblos elevados, como al del cacao y yuca en los ardientes; en todos los lugares donde hay hombres hay maíz. Desde Riobamba, la población más elevada que conocemos, hasta Cartagena y Guayaquil, en todas las temperaturas posibles, en todas las presiones atmosféricas, nos acompaña esta planta preciosa, este recurso de nuestras necesidades, esta fuente inagotable de composiciones deliciosas y variadas. Sobre la costa, en donde el hombre no ha podido connaturalizar el trigo, o más bien en donde un enemigo poderoso no le permite habitar, produce dos veces al año, y se eleva su caña a cinco o seis varas; en los países templados no se eleva tanto, y su fruto viene a los

ocho meses; en los fríos y elevados apenas sube una vara, y aun menos, y no viene sino a los doce o trece meses. Es tan constante esta ley, que el maíz puede muy bien indicar por aproximación el grado de temperatura y la elevación del suelo, por el tiempo que dilata en producir y por la altura de su caña.

FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS.

(Obras, Bogotá.)

## Yo escucho el canto de la América

Yo escucho el canto de la América,  
yo oigo sus múltiples canciones,  
esas de los mecánicos que son alegres y potentes,  
el carpintero canta al medir sus tablones y sus vigas,  
el albañil al partir al trabajo y al dejar el trabajo,  
desde sus botes los barqueros, los marineros en cubierta,  
desde su banco el zapatero; cantan de pie los sombrereros  
y la canción del leñador, del arador en su faena,  
el canto dulce de la madre y el de la esposa en sus labores...  
Canta la niña cuando lava, canta la niña cuando cose,  
cada uno canta lo suyo propio y nada más;  
el día canta a la luz del día. Por la noche,  
en grupos, los jóvenes, robustos, fraternales  
cantan a boca plena sus canciones vigorosas y fuertes.

WALT WHITMAN.

(Trad. de A. TORRES RIOSCO).



## La abeja haragana

Había una vez en una colmena una abeja que no quería trabajar. Es decir, recorría los árboles uno por uno para tomar el jugo de las flores; pero en vez de conservarlo para convertirlo en miel, se lo tomaba del todo.

Era, pues, una abeja haragana. Todas las mañanas, apenas el sol calentaba el aire, la abejita se asomaba a la puerta de la colmena, veía que hacía buen tiempo, se peinaba con las patas, como hacen las moscas, y echaba entonces a volar, muy contenta del lindo día. Zumbaba muerta de gusto de flor en flor, entraba en la colmena, volvía a salir, y así se lo pasaba todo el día, mientras las otras abejas se mataban trabajando para llenar la colmena de miel, porque la miel es el alimento de las abejas recién nacidas.

Como las abejas son muy serias, comenzaron a disgustarse con el proceder de la hermana haragana. En la puerta de las colmenas hay siempre unas cuantas abejas que están de guardia, para cuidar que no entren bichos en la colmena. Estas abejas suelen ser muy viejas, con gran experiencia de la vida, y tienen el lomo pelado porque han perdido los pelos de tanto rozar contra la puerta de la colmena.

Un día, pues, detuvieron a la abeja haragana cuando iba a entrar, diciéndole:

—Compañera: es necesario que trabajes, porque todas las abejas debemos trabajar.

La abejita contestó:

—¡Yo ando todo el día volando y me canso mucho!

—No es cuestión de que te canses mucho—le respondieron—sino de que trabajes un poco. Es la primera advertencia que te hacemos.

Y diciendo así la dejaron pasar.

Pero la abeja haragana no se corregía. De modo que a la tarde siguiente, las abejas que estaban de guardia le dijeron:

—Hay que trabajar, hermana.

Y ella respondió en seguida:

—¡Uno de estos días lo voy a hacer!

—No es cuestión de que lo hagas uno de estos días—le respondieron—sino mañana mismo.—Acuérdate de esto.

Y la dejaron pasar.

Al anochecer siguiente se repitió la misma cosa. Antes que le dijeran nada, la abejita, exclamó:

—¡Sí, sí, hermanas! ¡Ya me acuerdo de lo que he prometido!

—No es cuestión de que te acuerdes de lo prometido—le respondieron—sino de que trabajes. Hoy es 19 de abril. Pues bien: trata de que mañana, 20, hayas traído una gota siquiera de miel. Y ahora pasa.

Y diciendo esto se apartaron para dejarla entrar.

Pero el 20 de abril pasó en vano como todos los demás. Con la diferencia de que al caer el sol el tiempo se descompuso y comenzó a soplar un viento frío.

La abeja haragana voló apresurada hacia su col-



mena, pensando en lo calentito que estaría allá adentro. Pero cuando quiso entrar, las abejas que estaban de guardia se lo impidieron.

—No se entra—le dijeron fríamente.

—¡Yo quiero éntrar!—clamó la abejita.—Esta es mi colmena.

—Esta es la colmena de unas pobres abejas trabajadoras—le contestaron las otras.—No hay entrada para las haraganas.

—¡Mañana sin falta voy a trabajar!—insistió la abejita.

—No hay mañana para las que no trabajan—respondieron las abejas, que saben mucha filosofía.

Y esto diciendo la empujaron afuera.

La abejita, sin saber qué hacer, voló un rato aún; pero ya la noche caía, y se veía apenas. Quiso cogerse de una hoja, y cayó al suelo. Tenía el cuerpo entumecido por el aire frío y no podía volar más.

Arrastrándose entonces por el suelo, trepando y bajando de los palitos y piedritas, que le parecían montañas, llegó a la puerta de la colmena, a tiempo que comenzaban a caer frías gotas de lluvia.

—¡Ay, mi Dios!—exclamó la desamparada.—Va a llover, y me voy a morir de frío!

Y tentó entrar en la colmena.

Pero de nuevo le cerraron el paso.

—¡Perdón!—gimió la abeja—¡Déjenme entrar!

—Ya es tarde—le respondieron.

—¡Por favor, hermanas! ¡Tengo sueño!

—Es más tarde aún.

—¡Compañeras, por piedad! ¡Tengo frío!

—Imposible.

—¡Por última vez! ¡Me voy a morir!

Entonces le dijeron:

—No, no morirás. Aprenderás en una sola noche lo que es el descanso ganado con el trabajo. Vete.

Y la echaron.

Entonces, temblando de frío, con las alas mojadas y tropezando, la abeja se arrastró, se arrastró, hasta que de pronto rodó por un agujero—cayó rodando, mejor dicho, al fondo de una caverna.

Creyó que no iba a concluir nunca de bajar. Al fin llegó al fondo, y se halló bruscamente ante una víbora, una culebra verde de lomo color ladrillo, que la miraba enroscada y presta a lanzarse sobre ella.

En verdad, aquella caverna era el hueco de un árbol que habían trasplantado hacía tiempo, y que la culebra había elegido de guarida.

Las culebras comen abejas; que les gustan mucho. Por esto la abejita, al encontrarse ante su enemiga, murmuró cerrando los ojos:

—¡Adiós mi vida! Esta es la última hora que yo veó la luz.

Pero con gran sorpresa suya, la culebra no solamente no la devoró sino que le dijo:

—¿Que tal, abejita? No has de ser muy trabajadora para estar aquí a estas horas.

—Es cierto—murmuro la abeja—No trabajo, y yo tengo la culpa.

—Siendo así—agregó la culebra burlona—voy a



quitar del mundo a un mal bicho como tú. Te voy a comer, abeja.

La abeja, temblando, exclamó entonces:

—No es justo, eso, no es justo! No es justo que usted me coma porque es más fuerte que yo. Los hombres saben lo que es justicia.

—¡Ah, ah!—exclamó la culebra, enroscándose ligero.

—¿Tú conoces bien a los hombres? ¿Tú crees que los hombres, que les quitan la miel a ustedes, son más justos, grandísima tonta?

—No, no es por eso que nos quitan la miel—respondió la abeja.

—¿Y por qué, entonces?

—Porque son más inteligentes.

Así dijo la abejita. Pero la culebra se echó a reír, exclamando:

—¡Bueno! Con justicia o sin ella, te voy a comer; apróntate.

Y se echó atrás, para lanzarse sobre la abeja. Pero ésta exclamó:

—Usted hace eso porque es menos inteligente que yo.

—¿Yo, menos inteligente que tú, mocosa?—se rió la culebra.

—Así es—afirmó la abeja.

—Pues bien—dijo la culebra—vamos a verlo. Vamos a hacer dos pruebas. Él que haga la prueba más rara, ese gana. Si gano yo, te como.

—¿Y si gano yo?—preguntó la abejita.

—Si ganas tú—repuso su enemiga—tienes el derecho

de pasar la noche aquí, hasta que sea de día ¿Te conviene?

—Aceptado—contestó la abeja.

La culebra se echó a reír de nuevo, porque se le había ocurrido una cosa que jamás podía hacer una abeja. Y he aquí lo que hizo:

Salió un instante afuera, tan velozmente que la abeja no tuvo tiempo de nada. Y volvió trayendo una cápsula de semillas de eucalipto, de un eucalipto que estaba al lado de la colmena, y que le daba sombra.

Los muchachos hacen bailar como trompos esas cápsulas y les llaman trompitos de eucalipto.

—Esto es lo que voy a hacer—dijo la culebra—Fíjate bien, atención!

Y arrollando vivamente la cola alrededor del trompito como un piolín, la desenvolvió a toda velocidad, con tanta rapidez que el trompito quedó bailando y zumbando como un loco.

La culebra se reía, y con mucha razón, porque jamás una abeja ha hecho ni podrá hacer bailar a un trompito.

Pero cuando el trompito que se había quedado dormido zumbando, como les pasa a los trompos de naranjo, cayó por fin al suelo, la abeja dijo:

—Esta prueba es muy linda, y yo nunca podré hacer eso.

—Entonces, te como—exclamó la culebra.

—¡Un momento! Yo no puedo hacer eso; pero hago una cosa que no hace nadie.

—¿Qué es eso?



—Desaparecer.

—¿Como? exclamó la culebra dando un salto de sorpresa.—¿Desaparecer sin salir de aquí?

—Sin salir de aquí

—¿Y sin esconderte en la tierra?

—Sin esconderme en la tierra.

—¡Pues bien, hazlo! Y si no lo haces, te como enseguida —dijo la culebra.

El caso es que mientras el trompito bailaba, la abeja había tenido tiempo de examinar la caverna y había visto una plantita que crecía allí. Era un arbustillo, casi un yuyito, con grandes hojas del tamaño de una moneda de dos centavos.

La abeja se arrimó a la plantita, teniendo cuidado de no tocarla, y dijo así:

—Ahora me toca a mí, señora Culebra. Me va a hacer el favor de darme vuelta, y contar hasta tres. Cuando yo diga «tres», búsqieme en todas partes ¡ya no estaré más!

Y así pasó, en efecto. La culebra dijo rápidamente «uno..., dos..., tres», y se volvió y abrió la boca cuando grande era, de sorpresa: allí no había nadie. Miró arriba, abajo, a los lados, recorrió los rincones, la plantita, tanteó todo con la lengua. Inútil: la abeja había desaparecido.

La culebra comprendió entonces que si su prueba del trompito era muy buena, la prueba de la abeja era simplemente extraordinaria. ¿Que se había hecho? ¿Dónde estaba?

No había modo de hallarla.

—¡Bueno!—exclamó al fin.—Me doy por vencida. ¿Dónde estas?

Una voz que apenas se oía—la voz de la abejita—salió del medio de la cueva.

—¿No me vas a hacer nada?—dijo la voz.—¿Puedo contar con tu juramento?

—Sí—respondió la culebra.—Te lo juro. ¿Dónde estás?

—Aquí respondió la abejita, apareciendo súbitamente de entre una hoja cerrada de la plantita.

¿Qué había pasado? Una cosa muy sencilla: La plantita en cuestión era una sensitiva, muy común también aquí en Buenos Aires, y que tiene la particularidad de que sus hojas se cierran al menor contacto. Solamente que esta aventura pasaba en Misiones, donde la vegetación es muy rica, y por lo tanto muy grandes las hojas de las sensitivas. De aquí que al contacto de la abeja, las hojas se cerraran, ocultando completamente al insecto.

La inteligencia de la culebra no había alcanzado nunca a darse cuenta de ese fenómeno; pero la abeja lo había observado, y se aprovechaba de él para salvar su vida.

La culebra no dijo nada, pero quedó muy irritada con su derrota, tanto que la abeja pasó toda la noche recordando a su enemiga la promesa que había hecho de respetarla.

Fué una noche larga, interminable, que las dos pasaron arrimadas contra la pared más alta de la ca-



verna, porque la tormenta se había desencadenado, y el agua entraba como un río adentro.

Hacia mucho frío, además, y adentró reinaba la oscuridad más completa. De cuando en cuando la culebra sentía impulsos de lanzarse sobre la abeja, y ésta creía entonces llegado el término de su vida.

Nunca, jamás creyó la abejita que una noche podría ser tan fría, tan larga, tan horrible. Recordaba su vida anterior, durmiendo noche a noche en la colmena bien calentita, y lloraba entonces en silencio.

Cuando llegó el día, y salió el sol, porque el tiempo se había compuesto, la abejita voló y lloró otra vez en silencio ante la puerta de la colmena hecha por el esfuerzo de la familia. Las abejas de guardia la dejaron pasar sin decirle nada, porque comprendieron que la que volvía no era la paseandera haragana sino una abeja que había hecho en sólo una noche un duro aprendizaje de la vida.

Así fué, en efecto. En adelante ninguna como ella recogió tanto polen ni fabricó tanta miel. Y cuando el Otoño llegó, y llegó también el término de sus días, tuvo aún tiempo de dar una última lección antes de morir, a las jóvenes abejas que la rodeaban:

—No es nuestra inteligencia sino nuestro trabajo quien nos hace tan fuertes. Yo usé una sola vez de mi inteligencia, y fué para salvar mi vida. No habría necesitado de ese esfuerzo, si hubiera trabajado como todas. Me he cansado tanto volando de aquí para allá, como trabajando. Lo que me faltaba era la noción del deber, que adquirí aquella noche.

Trabajen, compañeras, pensando que el fin a que tienden nuestros esfuerzos—la felicidad de todos—es muy superior a la fatiga de cada uno. A esto los hombres llaman ideal, y tienen razón. No hay otra filosofía en la vida de un hombre y de una abeja.

HORACIO QUIROGA

(*Cuentos de la Selva*, Buenos Aires).

## El jaguar

Las riberas frondosas de los grandes ríos parecen ser las guaridas favoritas del jaguar; pero al Sur del Plata se me dijo que frecuentaba los cañaverales de los bordes de los lagos. Juzgando por estos hechos, diríase que la fiera necesita agua; pero sin duda la afición a esos sitios proviene de hallar en ellos los animales que le sirven de alimento. Su presa más común es el *Capybara*; de modo que al decir de la gente, donde abunden los *Capybaras* no hay que temer al jaguar. Falconer afirma que cerca de la parte meridional de la desembocadura del Plata hay muchos jaguares, y que éstos se alimentan principalmente de peces, y así lo he oído repetir. En el Paraná han matado a numerosos leñadores, y hasta asaltado los barcos por la noche. Un hombre que ahora vive en Bajada, subiendo de allí en una embarcación por la



noche, se vió de pronto en las garras de un jaguar que había saltado al puente, y aunque escapó con vida, perdió para siempre el uso de un brazo. Cuando las avenidas arrojan de las islas a estos animales, son peligrosísimos. Me contaron que pocos años antes un jaguar enorme había penetrado en una iglesia de Santa Fe; dos Padres que entraron, uno tras otro, fueron muertos por la fiera, y un tercero que acudió a enterarse escapó con dificultad. Se mató a este jaguar a balazos, desde un ángulo del edificio, que no tenía tejado. En esas épocas causa también grandes estragos en el ganado vacuno y caballar. Dicen que mata las presas desnucándolas. Si se los ahuyenta de los cadáveres de sus víctimas, rara vez vuelven a buscarlos. Refieren los gauchos que cuando el jaguar merodea por la noche se ve acosado por los zorros, que le siguen aullando. Es curiosa la coincidencia de este hecho con lo que se afirma generalmente de los chacales, que acompañan con análoga oficiosidad al tigre de la India. El jaguar ruge con frecuencia insistente durante la noche, y en especial en vísperas de mal tiempo.

Un día, cazando en las riberas del Uruguay, me enseñaron ciertos árboles a que acuden constantemente estos animales, según se dice, para afilarse las uñas. Vi tres árboles muy comunes; enfrente la corteza estaba desgastada y lisa, como si el animal hubiera frotado el pecho contra ella, y en cada lado había profundas arañaduras, o más bien surcos, que se extendían en línea oblicua cerca de un metro. Dichas

señales pertenecían a diferentes épocas. Un medio ordinario de asegurarse de si hay en las inmediaciones algún jaguar consiste en examinar estos árboles. Supongo que este hábito del jaguar es exactamente semejante al que diariamente puede observarse en el gato común cuando, con las patas delanteras tensas y las uñas estiradas, araña las patas de las sillas; y tengo noticia de que los frutales tiernos de un huerto de Inglaterra quedaron medio estropeados por los arañazos de un gato. Un hábito parecido debe de tener también el puma, porque en el terreno duro y sin vegetación de Patagonia he visto a menudo arañazos tan hondos que no podían atribuirse a ningún otro animal. El objeto de tal práctica es, a lo que creo, hacer desaparecer las asperezas de las garras, y no afilarlas como creen los gauchos. Al jaguar se le mata sin gran dificultad con ayuda de perros que le acorralen y le obliguen a encaramarse al tronco de un árbol, donde se le despacha a balazos.

C. DARWIN

*(Viaje de un naturalista alrededor del mundo: De Buenos Aires a Santa Fe.—Ed. CALPE, Madrid).*



## Sueño de Cádiz

Cádiz está mirando al mar.

Sobre éste  
derrama el sol poniente barcas de oro  
que se van cabrilleando hacia el oeste,  
como en los días coloniales idos  
zarpaban las armadas de galeones  
en busca de las Indias y el Gran Preste.

La tarde es vela en los galeones vanos  
y hacia las Indias orzará con ellos.

Orbe de plata en sus serenas manos  
trae la Noche a la marmórea Cádiz:  
los blancos miradores están bellos:  
se ha puesto en guardia la muralla entera,  
y hacia el Silencio se levanta austera  
la Torre del Vigía.

Cádiz duerme,  
y es su sueño de augurio todavía:

Cádiz mira venir la Grande Armada  
conduciendo, a sus mástiles atada  
con cabos regios la imperial victoria.  
Arde incendio de gloria en la bahía,

Detrás, en infinitos escuadrones,  
sobrecargados de oro, los galeones

## La Edad de Oro

historiados de triunfos de conquista,  
con sus dos mil corsarios prisioneros,  
van altivos entrando en la bahía.  
Cádiz no les abarca con la vista.

Después escucha en su sueño las anclas  
de oro en el fondo sonoro del mar.  
Cádiz la blanca despierta a su estruendo.

Está nadando en las aguas del Día;  
tinto está el mar de un color de esperanza:  
algo de Indias las olas murmuran;  
todas las conchas marinas auguran  
un regresar de otras Indias de España.

R. BRENES MESÉN

Abril, 1922. Costa Rica

## Petrona Revolorio

...Adela, sí, había trabado amistades con una gruesa india que tenía ciertos privilegios en la casa de la finca, y vivía en otra cercana, donde pasaba Adela buena parte del día, platicando de las costumbres de aquella gente con la resuelta Petrona Revolorio: «y no crea la señorita que le converso por servicio, sino porque le he cobrado afición». Era mujer robusta y de muy buen andar, aunque esto lo hacía sobre unos pies tan